

Mijail Malishev

Tiempo, destino, muerte (aforismos y dichos irónicos)

Dichoso infortunio es inquietarse por cosas que jamás ocurrirán.

Quien siempre lucha por su vida, no vive, simplemente existe.

El tiempo borra las posibilidades no realizadas y convierte nuestra vida en destino.

La experiencia nos enseña a no confiar mucho en la experiencia, ya que el presente no sólo está preñado de los errores del pasado, sino también de futuras ilusiones.

La libertad que no quiere obedecer a la necesidad es un rehén de su propia arrogancia.

Cuando nada perturba la corriente tranquila de nuestra vida, experimentamos un presentimiento extraño de que el destino nos castigará por el hedonismo de la despreocupación.

La lucha por la existencia convierte la duda hamletiana —ser o no ser— en el deseo inquebrantable: ¡ser!

Las intrigas del diablo y la fatalidad del destino son dos chivos escapatorias más predilectos que inventó el ser humano.

Cuando uno está sufriendo mucho el dolor desaloja la idea de nuestro propio no ser. Centenares de pequeñas molestias avasallan nuestro cuerpo y no nos dejan el tiempo para pensar en la muerte.

Ante la idea de infinitud, mi existencia es casi nada. Es imposible pasar de la casi nada al todo, en cambio, es posible pasar de la casi nada a la nada. Sin embargo, no lo hago, porque entiendo que la casi nada es todo lo que tengo.

La elección entre el ser y el no ser puede estar inclinada a favor del último. Pero cumplir esta decisión no es nada fácil: se requiere de una voluntad férrea o una enorme fuerza de desesperación que sea capaz de superar la inercia del instinto de autoconservación.

El ser humano es el único animal que sabe que desaparecerá y el único que quisiera ser reconocido después de su muerte.

Entre lo posible y lo imposible se extiende la zona de lo probable que atrae como un imán a los aficionados a las sensaciones inusitadas.

Lo que más nos impide disfrutar la vida es la lucha por su conservación.

Una parte de los seres humanos murió por su propia muerte, la otra pereció por el azar y la tercera fue aplastada por las ruedas de la historia.

El tentado por el suicidio es un rebelde que se arroja al desafío: ¿por qué ser y no la nada?

La humanidad desconoce lo que el futuro promete, si no fuera así no se despediría con tanta frivolidad de su pasado.

Ninguna tragedia es capaz de eclipsar el dolor causado por el suicidio de un ser querido, ni la idea de que esta autodestrucción fue la expresión suprema de su libre voluntad.

El hombre es un ser a quien la vida empuja a vivir su destino. Sin embargo, ninguna comprensión de la inminencia del destino es capaz de detener un absurdo intento de revertir lo irreversible.

A diferencia de otros seres vivos, el hombre se halla provisto del saber de su fin irremediable, pero desprovisto de los suficientes recursos anímicos para sobreponerse a esa verdad implacable.

La angustia es un miedo inconfesable ante la nada, pues el angustiado no puede explicar concretamente qué es lo que él teme, por eso finge temer algo concreto, disfraza su inexplicable angustia detrás del miedo ante la futura desdicha que por sí misma nada tiene que ver con la nada.

Constituye una verdad angustiante reconocer que así como venimos al mundo, sin que nos lo solicitaran, un día nos iremos de él sin dar nuestro consentimiento.

Tendemos a ver en el reconocimiento póstumo el único remedio para salvar del olvido absoluto a los que ya se fueron. Queremos salvarlos en nuestra memoria..., por lo menos en nuestra memoria.

Para quien no quiere vivir y no puede morir voluntariamente, la tentación del suicidio es una obsesión incapaz de abstraerse de esta doble imposibilidad.

A diferencia de la conciencia religiosa que intenta inventar algo mejor que la misma vida, la conciencia laica aspira hacer la vida mejor.

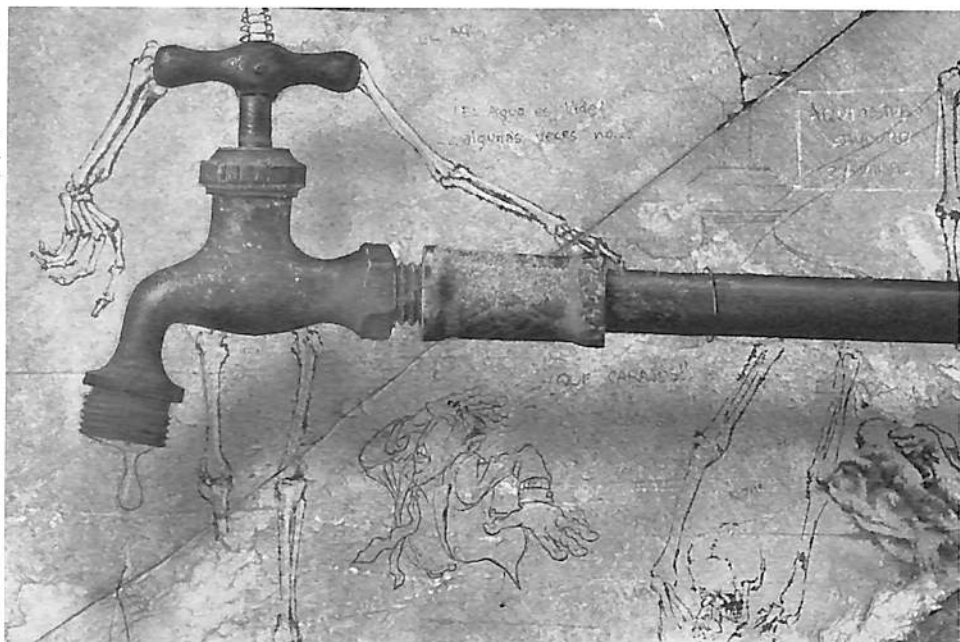
El encanto por el milagro es una justificación estética de la creencia en Dios.

La muerte es una tragedia, porque solemos morir mucho antes de que desaparezca nuestro deseo de vivir.

Desde el punto de vista de Emil Cioran, la muerte es inmoral: al morir, arrastramos a la tumba un mundo entero. Pero, afortunadamente, existe una "fe animal" que, según George Santayana, resiste al solipsismo de la muerte. Sí, nos moriremos, no hay ninguna duda, así como es indudable que el mundo existirá sin nosotros.

Casi toda nuestra vida coexistimos con la idea de la muerte, y esto nos da la posibilidad de concienciar más profundamente el carácter único e irrepetible de nuestro existir.

¡El agua es vida! ... algunas veces no... 1993, mixta sobre papel, 23 x 33 cm.



Ya que nadie sabe cuándo morirá, el tiempo puede ser tanto el médico como el verdugo.

La impaciencia es una agonía de la esperanza que no perdió la ilusión de ver la luz al final del túnel.

Nuestras emociones no sólo acompañan a nuestros pensamientos, sino los someten a su dominio, fingiendo que es la razón la que manda.

La vida es corta, aguanta un poco.